



Ejerciendo derechos desde abajo: Vivienda, género, migración y derecho a la ciudad desde Antofagasta, Chile

Elizabeth Andrade Huaringa

Macro-campamento Los Arenales, Antofagasta, Chile

en conversación con

Camila Cociña

International Institute for Environment and Development, IIED

Ana Sugranyes

Habitat International Coalition–Housing and Land Rights Network, & Comité Hábitat del Colegio de Arquitectes de Chile

Elizabeth Andrade Huaringa es dirigente y líder comunitaria en el asentamiento precario de Los Arenales, Antofagasta, Chile. Fue galardonada con el Premio Nacional de Derechos Humanos en 2022 por su extensa labor como activista de derechos humanos.

Camila Cociña es investigadora en justicia de vivienda en el International Institute for Environment and Development, IIED. Vive en Santiago, Chile, y es parte de Radical Housing Journal. **Ana Sugranyes** es arquitecta y PhD, chilena y catalana, y miembro activo de Habitat International Coalition y el Comité Hábitat del Colegio de Arquitectes de Chile. Ha trabajado durante 45 años junto a procesos de producción social del hábitat. **Contact:** camila.cocina@iied.org

Abstract

Elizabeth Andrade Huaringa es una mujer, migrante, activista y líder social del asentamiento informal de Los Arenales en Antofagasta, en el borde costero del Desierto de Atacama, Chile. En 2022 fue galardonada con el Premio Nacional de Derechos Humanos precisamente por su trabajo en derechos sociales, derechos de las mujeres, derechos de los migrantes y, sobre todo, su trabajo en el derecho a la vivienda y a la ciudad. En esta Conversación con Camila y Ana, Eli reflexiona sobre su historia personal y colectiva, sobre la construcción del derecho a la vivienda y a la ciudad desde los asentamientos precarios, populares o informales, sobre la organización de las mujeres en contextos de crisis y violencia, y sobre el progreso y ampliación de los derechos humanos a partir de su ejercicio cotidiano.

Keywords

Asentamientos precarios, derechos humanos, Chile, derecho a la ciudad, género

Introducción

“Desde su prédica del frenesí que nada cambia (...) la clase gobernante desprecia lo que ve o cree ver: masas ingobernables por irredimibles, masas indóciles y sumisas, masas regidas por el complicado matrimonio entre la obediencia y el relajo. **En el otro extremo, quienes ejercen la democracia desde abajo y sin pedir permiso amplían sus derechos ejerciéndolos**” (Monsiváis, 1987:11)

Con estas palabras, Carlos Monsiváis comienza su libro sobre la organización social que siguió al terremoto de México en 1985. Más de 35 años después, un sábado de verano a finales del 2022, Elizabeth y Camila fuimos a casa de Ana a almorzar comida peruana y pasar la tarde entre amigos y amigas. Entre pisco sours, encontramos un rincón tranquilo para grabar esta conversación y discutir con Elizabeth sobre su trabajo colectivo en la ciudad de Antofagasta, Chile, y sobre cómo junto a sus compañeras de lucha han *ejercido la democracia desde abajo y sin pedir permiso han ampliado sus derechos ejerciéndolos*. Hace sólo unos meses Elizabeth, mujer, migrante, luchadora, y dirigente del macro-campamento Los Arenales en Antofagasta, fue galardonada con el Premio Nacional de Derechos Humanos, justamente por su trabajo sobre derechos sociales, de las mujeres, de los migrantes y, en particular, por su trabajo sobre el derecho a la vivienda y la ciudad.

El macro-campamento Los Arenales está ubicado en la ciudad de Antofagasta, en el borde costero del Desierto de Atacama. En él viven más de 2.000 familias, 85% de los cuales corresponden a migrantes. Sus dirigentes, en su mayoría mujeres, están organizadas en 16 comités y dos corporaciones (Los Arenales Rompiendo Barreras y América Unida). Sus instituciones han logrado que la radicación *in-situ* del macro-campamento Los Arenales sea declarada prioridad nacional por parte de las autoridades, Gobierno Regional y Ministerio de Vivienda y Urbanismo. Hoy día luchan por la construcción del subcentro urbano del Sector Bonilla, de 50 mil habitantes.

En esta Conversación, reproducimos parte de lo que intercambiamos esa tarde: reflexiones sobre la historia personal y colectiva de Eli, sobre la construcción del derecho a la vivienda y la ciudad desde los asentamientos precarios, populares o informales, sobre la organización de las mujeres en contexto de crisis, y sobre el avance de los derechos humanos desde su ejercicio en la especificidad de cada territorio.

El camino colectivo: Mujeres reconstruidas

Camila: Cuéntanos cómo llegaste a ser dirigente social y de vivienda, tanto en relación a tu historia personal como a tu trayectoria colectiva, que sabemos que es parte central de tu identidad.

Elizabeth: Mi nombre es Elizabeth Andrade Huaranga, de nacionalidad peruana, y vivo hace 30 años aquí en Chile. He ejercido una labor social que ahora estoy mirando hacia atrás, como una catarsis de mi propia vida. Soy la hermana mayor de seis hermanos y tuve la responsabilidad de cuidarles y protegerles. Crecí en un ambiente muy patriarcal, muy cristiano, y estuve diez años en el proceso de formarme para ser religiosa en la selva. Pero

salí de ese proceso, y conocí a un hombre que fue el padre de mi hija, con el que luego me casé en Chile. En ese tiempo, quienes nos casábamos teníamos esa mentalidad de ‘contigo en las buenas y en las malas, contigo pan y cebolla’, en que la mujer tenía que soportar todos los sufrimientos que te da la vida matrimonial con amor, con sacrificio.

A mis 45 o 46 años yo me preguntaba, ‘¿qué estoy haciendo con mi vida? ¿cuál es mi norte?’ Y me enfermé: de hipertensión, de diabetes, de asma. Entonces me di cuenta que ese no era mi camino. Al comienzo nadie creía en mí, porque no era la primera vez que pensaba de esa manera. Pero entonces escuché un mensaje casi subliminal de una tía de 85 años, que me dijo ‘estoy esperando que se muera este infeliz (mi marido) para ser feliz’. 85 años y aun esperando. Yo me miré y me dije ‘no, yo no quiero esperar a tener 85 años para ser feliz, hay que ser feliz ahora’. Ahí fue donde hice una ruptura, y en ese proceso también empecé con una nueva etapa direncial. Yo he sido dirigente siempre: dirigente en la escuela de mi hija, presidenta de de la Escuela de Padres, Presidenta de Juntas de vecinos allí en mi país...

Ana: En la selva...

Eli: En la selva también, donde dirigí a grupos de jóvenes, de niños, adultos... tenía el rol del sacerdote y, hay que decirlo, lo único que me faltaba era hacer la misa, porque la iglesia no lo permitía.

Decidí mudarme de mi matrimonio un día a las 2:00 de la mañana para que nadie me viera, por el miedo a la estigmatización. Y en un comienzo en el campamento me metí de dirigente nada más para que no me hicieran nada. Dije, ‘voy a aprovechar mi liderazgo para que me cuiden’, sin pensar en todo el proceso que se iba a dar en el transcurso de los años. En ese proceso me fui empoderando, fui reconstruyéndome. Nosotras hablamos de ‘pobladoras reconstruidas’, reconstruyéndonos en ‘nuestra cuerpo’, en poder salir del círculo vicioso de la violencia. Sabemos que algunas compañeras todavía están ahí, pero

Figura 1

Macro-campamento
Los Arenales,
Antofagasta.
*Fotografía: Ana
Sugranyes.*



que esas compañeras no están solas, que nos tienen a nosotras. Vamos ayudándonos mutuamente, tratando de lograr ver que somos capaces de hacer grandes cosas.

Ese proceso de decir ‘ya no quiero esta vida que es una vida de mierda’ llevó a preguntarme cuáles son los desafíos que se presentan en la vida. A nivel personal, a los 48 años decidí estudiar Trabajo Social. Estudié dos años y cuando vi que la deuda ya se me amontonaba, tuve que salirme. Pero regresé, con un poco de rebeldía pagué y seguí estudiando. Todos estos procesos han sido personales, pero también han ocurrido desde una mirada más crítica y sorora con el tema de la mujer. Decidí también revisar cómo estaba mi cuerpo. Tenía, por ejemplo, una enfermedad por 30 años en este dedo del pie, y ahora después de un año y medio de tratamiento, está precioso. Una compañera podóloga colombiana me dijo, “Eli, yo te puedo ayudar, pero si es que tú pones de tu parte.” Porque ese es el tema: ir poniendo de tu parte en cada cosa, en enfrentarte, en mirarte bonita, en volver a sentirte deseosa y deseada también, porque eso es importante, se trata de volver a sentir, de volver a confiar. Es una cosa que a nivel personal yo como mujer fui descubriendo a mí misma: saber sentir qué partes de mi cuerpo sí eran erógenas y yo no lo sabía. Y en ese proceso de revolución hormonal personal, todo el mundo decía que lo que yo tenía era el proceso de la menopausia, y yo decía ¡bendita sea la menopausia, 100 años más de menopausia para todas! Pero lo que más me ayudó en ese proceso, para poder mirar como me estoy mirando hoy, fue el proceso dirigencial, lo que tú me estás preguntando.

Porque si no hubiera tenido un grupo de compañeras que también estaban pasando la misma mierda que yo, y luego ir aprendiendo y conociendo otros espacios, no habría sido posible.

Todo esto no pasaba solamente en el macro-campamento, sino en otros espacios. Por ejemplo, a los pocos años de organizarnos nos embarcamos en un proyecto internacional de levantamiento del macro-campamento con *Slum Dwellers International* (SDI). Ahí conocí a Ana y a otras compañeras. Luego conocí la Secretaría de la Vivienda y el Hábitat Popular Latinoamericano (SELVIHP), y este es el tercer año consecutivo en que participo en esta red internacional.

Ampliando ambiciones: Construyendo el Derecho a la Ciudad

Eli: El 2017, el mismo año en que conocí a Ana, hicimos talleres sobre el Derecho a la Ciudad. Así comenzamos a ampliar los horizontes, pues ya no hablábamos sólo de la construcción de tu casa o el barrio. El 2018 ya decíamos que el macro-campamento tenía que ampliar sus canchas, tener avenidas que den buena conectividad, etc. Y ahora estamos soñando algo más grande, que es convertir el macro-campamento Los Arenales en el subcentro urbano de la Bonilla: no sólo ser la ciudad de los latinoamericanos, sino el centro de todo un área de la ciudad. Así se lo dijimos a la autoridad regional de vivienda cuando visitó. Él nos traía la noticia de que el macro-campamento Los Arenales se había declarado prioridad nacional para el Estado, lo que dio mucha felicidad a muchos vecinos.

Pero yo digo que más que palabras, necesitamos hechos concretos: las palabras son lindas, pero esperemos acciones.

Queremos que Los Arenales tenga equipamiento para toda la Bonilla, con oficinas públicas de vivienda (SERVIU), de salud (Fonasa), de Chile Atiende, de Chile Migra, del Registro Civil, de Banco Estado. Esto va a permitir que la gente ya no nos mire en menos como “mira lo que están haciendo estos migrantes”, sino como un lugar de innovación, novedoso. Se va a construir un gran centro de servicios, con múltiples equipamientos, y queremos ese sea una especie de *mall* de la gente, que estén ahí las vecinas del campamento: las que venden comida boliviana, colombiana, peruana, chilena, de las que hacen uñas, cortan pelo, ¿por qué no hacerlas parte de ese desarrollo? Tener ahí todos los negocios que tiene el macro-campamento, para que la gente venga de afuera a degustar nuestras ricas comidas: *un mall de venta comunitario*.

Ana: La aspiración de llegar a ser el sub-centro urbano del sector Bonilla y de que Los Arenales marginalizados y estigmatizados logren volverse el centro de un sector de la ciudad, me queda muy claro. Pero a la vez cada una de ustedes lo que busca es tener la casa propia, con su calidad y su seguridad. ¿Cómo es posible compaginar lo individual con lo colectivo? Para mí esto siempre es, en la práctica diaria, lo más difícil.

Eli: Es que nosotras, desde que nos hemos organizado, ya somos colectivos. Y cuando hablamos de una Vivienda Adecuada (porque no hablamos de nuestra casa, sino de una vivienda adecuada), los estándares de lo que eso significa no son solamente nacionales sino internacionales. Si bien en 2015 y 2016 queríamos estar en un comité de vivienda para ‘hacer la fila’ para tener nuestra casa propia, cuando empezamos a empoderarnos en el proceso de la vivienda y el derecho a la ciudad teniendo una mirada colectiva,

Figura 2

Vista de
Antofagasta desde
Los Arenales.
*Fotografía: Ana
Sugranyes.*



conociendo los procesos cooperativistas, pudimos desprendernos de no solamente pensar en mi casa, sino en nuestras casas.

Si bien el Estado ya entendió que este espacio se va a radicar, y que nadie se va a mover de aquí, los vecinos saben que aquellos que no luchan no serán beneficiarios del proceso. Tenemos bien organizada la lista de la firma de compromiso, los vecinos que asisten a reuniones, los vecinos que por trabajo tienen un trato excepcional (porque no se puede, laburo es laburo), todos esos criterios los tenemos contemplados. Y se aprende así a mirar de esa forma: tú, yo, nosotros.

Miraba yo los resultados de un taller que hicimos el 2017 con 255 vecinos, en que cada uno con un fragmento armó cómo quería el barrio de nuestro ex macro-campamento: que fuese seguro, que haya escuela, un centro de salud... Y sin querer armamos el centro de la ciudad también, el 2017, cuando nosotros ni siquiera estábamos pensando en el Derecho a la Ciudad como tal.

Ana: Siempre he creído que el concepto del Derecho a la Ciudad formulado por las dirigencias de Los Arenales en 2017 es el mejor documento que tenemos en Chile sobre el Derecho a la Ciudad, porque logra definirlo no como el acceso a los servicios o la distribución más o menos equitativa de distintas prebendas de la ciudad, sino que cómo asumir tu rol para que esto sea posible. Y esto creo que es lo que más hemos aprendido desde Lefebvre, por supuesto, pero sobre todo desde la mirada al Derecho a la Ciudad desde América Latina, que es otra historia. Que no es la teoría de la sociedad socialista y su capacidad de redistribuir la riqueza, sino que cómo desde la práctica de la convivencia diaria, de la cotidianidad, de las discriminaciones y la capacidad de superarlas, se logra hacer otra ciudad posible. Y esto es lo que más he aprendido de estas mujeres de Los Arenales.

Interculturalidad y trabajo cooperativo

Eli: La organización nos está llevando a pensar de manera más osada aún: quizás tengamos nuestro propio banco, lo estamos pensando, no sabemos cómo, pero lo estamos pensando.

Camila: Para fomentar la economía circular en el macro-campamento...

Eli: Exactamente. A mí me ayudó mucho el haber creado la cooperativa de trabajo en el macro-campamento y haberme formado con gente que tiene esa mirada. El Estado nos pasó 10 millones de pesos (equivalente a 12.000 USD) para construir una cooperativa de trabajo, pero sabíamos que podíamos fracasar, porque muchas veces los embriones de proyectos fracasan, pero nosotras hasta ahora estamos vivas. Los poderes crean embriones destinados a fracasar para que sigan siendo precarios, para seguir siendo pobres. Nosotras sabíamos que esto tenía que surgir de alguna manera. No ha sido fácil tener la personalidad jurídica, sabemos que las resoluciones para los campamentos se demoran dudosamente más de lo normal, por ser una comunidad pobre. El Estado en algunas oportunidades no entiende cuando los movimientos de pobladores y pobladoras

Figura 3

Actividad
intercultural en
Los Arenales,
Antofagasta.
Fotografía: Ana
Sugranyes.



se organizan, siempre están pensando que la gente pobre está esperando que les den algo, pero nosotras no esperamos que nos den, nosotras buscamos gestionar cosas para poder realizarlas.

Nuestro trabajo cooperativo se da en el contexto de la interculturalidad del macrocampamento. La interculturalidad ocurre en la medida que vamos conociendo realidades diferentes a través de otras culturas. Cuando yo llegué a vivir al macro, escuchábamos gritos y yo siempre pensaba que eran peleas. Y después, cuando salí a caminar por el pasaje, vi que era una vecina colombiana que hablaba por teléfono; mis vecinas bolivianas escuchan su música hasta las 4:00 o 5:00 de la mañana, y yo les digo por lo menos inviten, pero no lo hacen (risas). Todo esto se va reflejando en cómo nos organizamos; cuando comenzamos a tener actividades juntos, cada país representa lo suyo: baile, música, bebida. Y claro, de ahí surgió el tema de la Cooperativa Intercultural de Trabajo Los Arenales, Cintra, donde cada vecina hace pan de su país.¹ Y yo, que soy muy observadora, vi que cada vecina, una boliviana, otra colombiana, otra peruana, usaban los mismos ingredientes básicos del pan: harina, sal, agua, un poco de manteca, levadura. Pero por ejemplo al pan boliviano le echas más manteca, azúcar, huevo; al colombiano, quizás queso amarillo, más huevo, esencia de vainilla para que quede amarillito; al peruano, le echas esa esencia de ajonjolí o anís, el agua del anís y el sésamo. Y salen diferentes tipos de panes, pero con la misma esencia. Yo siempre hablo de esto, porque tenemos esa mirada xenófoba, racista, discriminatoria de quiénes somos, pero si nos ponemos a mirarnos de frente a frente, tenemos ojos, nariz, boca, manos, brazos, cuerpos altos,

¹ Más información sobre la cooperativa en Vergara-Perucich, J.-F., & Arias-Loyola, M. (2019). Bread for advancing the right to the city: academia, grassroots groups and the first cooperative bakery in a Chilean informal settlement. *Environment and Urbanization*, 31(2), 533–551. <https://doi.org/10.1177/0956247819866156>

flacos, gordos, delgados, chicos, pequeños, rizos, negros, blancos, pero somos personas al fin y al cabo. ¿Entonces, qué es lo que cambia? Cambia el sabor, cambia la textura, la coordinación de pensamientos. El caldo de gallina, el sancocho de gallina, la cazuela de gallina o la sopa de maní, por ejemplo, son lo mismo, ¿no? ¿Quién hace las fronteras? ¿Por qué tenemos esos límites? Chile, Perú, Bolivia, Ecuador, todos los países tienen su lado racista, por ser negro, cholo o indio. Como mi mamá es chola y mi papá es negro, tengo de india y de mandinga. Soy chola y soy negra. Pero no todos lo entienden, persisten esas miradas xenófobas que han permitido que nos odiamos entre nosotros mismos. Tenemos suicidios en el macro campamento, de mujeres, de niños, por no haber podido soportar la xenofobia, y ha sido muy duro.

Para eso están los proyectos que estamos realizando. Tenemos el proyecto de tener un centro comunitario de autocuidado. Cuando veamos en peligro a una compañera que esté viviendo violencia, sacarla de su casa, dejarla que duerma en un lugar acogedor, bonito y que reciba la ayuda profesional que necesita: psicólogo, asistente social, lo que sea. Pero más que todo eso, que reciba la mano amiga de una vecina que le dice no te preocupes, esto va a estar bien y salgamos adelante.

Diferentes tipos de organizaciones te hacen mirar y tener perspectiva. Por ejemplo, nos dimos cuenta que donde vivimos estaba inestable con la arena, y necesitábamos mitigar ese riesgo. Coincidentemente, vinieron unos chiquillos traídos por ONG Fractal (porque muchas organizaciones han acompañado este proceso a nivel personal y colectivo), que dijeron ‘a esa señora se le cae la arena en su casa’, y nos enseñaron que para que el cemento de arena de la casa se mantenga siempre firme, había que poner mala hierba, lo que sea. Y todo el borde de mi casa es ahora un jardín. Y todas las raíces de ese jardín están pegaditas a nuestro piso, y así hemos aprendido a mitigar riesgos con una mirada sostenible, ecológica. Eso nos ha llevado a ver el valor de plantar verduras para fortalecer

Figura 4

Jardín construido en Los Arenales.

Fotografía: Ana Sugranyes.



el terreno, para abonar, para seguir sembrando. Y así las redes de colaboración nos han llevado a tener otras miradas.

Autogestión, organización y pandemia

Ana: Algunos de los procesos de organización que están llevando a cabo ahora son el resultado de las ollas comunes...

Eli: Exactamente. Ahora se viene, por ejemplo, la Navidad de los niños, en que queremos hacer mil raciones de Navidad. Las vecinas tienen un archivo Excel completamente organizado de cuántos son los niños que hay, porque durante la pandemia tuvimos que organizarnos. Vino el estallido social (octubre 2019) y nos paralizamos, y nos paralizaron más aún con la pandemia. Nos tuvimos que reorganizar porque había cesantía, había muertes, había enfermos y sobre todo había hambre. Y una cosa es decir ‘ah sí, soy solidario, yo trabajo en las ollas comunes’, y otra cosa completamente diferente es sentirte obligado a cocinar porque tienes hambre. Y se te es difícil seguir organizando y gestionando ayuda, porque si tú no consigues esa ayuda, tu pueblo se muere de hambre. Hicimos 775 raciones diarias de comida. Habían comités que no tenían gas, y pues comenzaron a usar leña, porque no se podía dejar de cocinar. Y tú veías a las vecinas con su delantal manchado, manos manchadas, ollas manchadas que sacaron a flote esto. También tuvimos inmensas peleas, y tuvimos que seguir siempre aplicando una lógica proporcional. Una vecina nos decía ‘somos 175’, sí, compañeras, pero solamente hay raciones para 100. Comían 100 un día, 75 al otro día, y entre estos 75 nos incluimos a nosotras, porque no podíamos dejar de darles de comer a otros vecinos. Y un día comía uno y un día comía el otro, y así sucesivamente. Desde entonces han sido tiempos muy duros.

Cuando durante la pandemia algunas vecinas, hasta yo misma, estábamos enfermas de Covid, nuestros propios vecinos se organizaban, sabíamos que iba a llegar con comida, que por la ventana llegaba un pancito. Y en medio de todo eso, el proceso de los nuevos migrantes que estaban en camino. En el macro-campamento recibimos como a 600 migrantes en diferentes zonas, en diferentes tiempos; y les dábamos de comer, desayuno, almuerzo, y comida.

Ampliando y ejerciendo derechos: Visibilizar lo invisible

Camila: Todo lo que nos estás contando, sobre tu trabajo en torno a la vivienda, al territorio, a ser migrante, a ser mujer, a luchar contra la violencia, son partes inseparables de tu labor como dirigente. A propósito del Premio Nacional de Derechos Humanos que acabas de recibir, algo que me parece muy interesante es saber cómo ves tu lucha como una lucha por los derechos humanos. Para algunas personas, los derechos humanos son concebidos de una manera súper parcelada, como la protección de derechos individuales específicos (por ejemplo, a la vivienda), pero tu labor tiene mucho más que ver con ejercer y ampliar la dignidad humana en toda su complejidad.

Figura 5

Reunión comunitaria en Los Arenales. En el lienzo, “Latinoamérica lucha por una Vivienda Digna”. Fotografía: Ana Sugranyes.



Eli: Es que justamente es eso. Nos tocó la labor de desestructurar la mirada de enfrascar a las mujeres, a los migrantes, a la vivienda, como luchas individuales, porque trabajamos en todo su conjunto. Y no porque yo haya querido hacerlo así, sino porque la realidad misma nos llevó a hacer eso. Soy migrante y pobladora, soy mujer y organizada. Soy un alma inquieta. Nace en mí el desafío de cómo aprovechar esta instancia para poder visibilizar lo invisible. Ayer, por ejemplo, estuve en el encuentro de los movimientos sociales y todos decían que el Estado no ha cumplido. A mí se me han abierto muchas puertas institucionales de alto mando por el premio, y yo les dije que yo pongo a disposición este premio para el que quiera usarlo. Tenemos que hacer una planificación estratégica para poder continuar con mi labor social, pero de otra forma, más incidente; de una incidencia que no solamente sea política, sino que tenga una mirada social, de integración, de interculturalidad y respeto. Me ha costado. Por ejemplo, en el último encuentro de la Red de inmigrantes, de la cual yo era vocera nacional, renuncié al cargo porque tengo que ser voz de muchas voces y no puedo ser una voz específica. Así me siento hoy.

Camila: Porque además, justamente el corazón del trabajo que estás haciendo está la idea de que si no avanzamos todos estos derechos en conjunto, no podemos avanzar en ninguno. No sirve avanzar por separado, y de eso se trata poner el derecho a la vivienda como parte de esta lucha por los derechos humanos como algo indivisible. Y tu trabajo muestra que no se trata solamente de los derechos reconocidos por compromisos internacionales, o de una nueva generación de derechos emergentes, sino de derechos que se expanden y se generan con las prácticas cotidianas, y que se consolidan a través de prácticas de incidencia.

Eli: Claro. La política partidaria no es mi lucha ni la será. Pero la política de incidencia, sí: cuestionar, ser parte de un cambio, trabajar en una mesa por una política pública que sea integradora, intercultural, ahí voy a estar. Ahora, por ejemplo, me voy a una cumbre de trabajadores y trabajadoras, sobre todo gente de trabajo de campo de Norteamérica. Y me invitan a mí por una sencilla razón, por algo que le llamó la atención a un compañero que nos visitó desde esa fundación, que me decía: nosotros luchamos por los trabajadores, para que no les falte la salud, tengan un contrato, pero jamás hemos tenido un proyecto de vivienda, por ejemplo. Y un proyecto de vivienda de migrantes, como en el caso nuestro; porque nuestro proyecto tiene un 85% de población migrantes. En el Borde Cerro en general, de las 7.800 familias vivienda en campamentos, el 75% son migrantes; es que la ciudad de Antofagasta no da otra opción.

Yo he ido cambiando algunos términos de saludo. Cuando participo en un evento, ya no digo 'hola, compañeros y compañeras', sino 'cómo están ciudadanos y ciudadanas del mundo. Aquí está el mundo entero organizado para luchar por la justicia social'. Dicen que por ser Premio Nacional puedo decir lo que me da la gana, así que aprovechemos. Pero intento interpelar a la ciudadanía, abarcando todo un sistema para visibilizar lo invisible: mujer migrante, violentada, sin derechos, sin casa...

Camila: Y es impresionante cómo ese proceso surgido de manera totalmente local resuena con procesos de aprendizaje de otras comunidades organizadas, con procesos en que federaciones de residentes son quienes amplían y describen los derechos desde sus acciones. Ahora, Eli, con Los Arenales como prioridad nacional, ¿cómo ves tu rol y los ciclos de aprendizaje en esos otros campamentos que están como ustedes hace diez años?

Eli: Sabemos que vamos a hacer la base de prueba y error, porque en base a muchos errores es que estamos construyendo todo esto. Mis vecinas tienen algo que yo valoro y que también tengo, que es fuerza, fuerza de continuidad; ganas de rendirse, sí, las hemos tenido muchas veces, pero han estado ahí nuestras compañeras, sosteniéndonos, conteniéndonos, diciéndonos: tranquila, esto ya va a pasar, vamos a ver la forma. Hemos tenido muchas diferencias y peleas. Pero como yo le decía a mi vecina, ya, pensamos diferente ¿pero cuál es tu norte? ¿Cuál es el mío? La radicación *in-situ* del macro-campamento y el Derecho a la Ciudad, ¿cierto? Entonces no podemos separarnos, así te odie, no podemos separarnos. Unámonos. Y así es como se ha logrado que ahora los 16 comités de vivienda del macro-campamento estén dentro del proceso de la radicación.

Referencias

- Monsivaís, C. (1987) *Entrada libre. Crónicas de la sociedad que se organiza* (Ciudad de México: Ediciones Era).
- Vergara-Perucich, J.-F., & Arias-Loyola, M. (2019) Bread for advancing the right to the city: academia, grassroots groups and the first cooperative bakery in a Chilean informal settlement. *Environment and Urbanization*, 31(2), pp, 533-551.
<https://doi.org/10.1177/0956247819866156>